**XVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (AÑO C)**

San Charbel Makhluf, sacerdote; Beato Cándido Castán San José, mártir

Gén 18,20-32; Sal 137; Col 2,12-14; Lc 11,1-13

*Cuando te invoqué, me escuchaste, Señor*

**COMENTARIO**

*Orar en la escuela de Cristo en misión.*

Al igual que en los dos últimos domingos, también hoy el Evangelio nos pone en la escuela de Cristo para aprender de Él otro aspecto fundamental en la vida de sus discípulos: la acción de orar o simplemente *el* *rezar*. Utilizo intencionadamente el verbo y no el sustantivo (la oración), porque la enseñanza de Jesús sobre este tema en el pasaje del Evangelio de hoy parece querer, no solo aclarar el concepto en la mente de los discípulos, sino más bien, ayudarles a formar en sí mismos el hábito de orar, como lo practicaba su maestro. No es casualidad que San Lucas, el único de los evangelistas, haga hincapié en que todo comienza en un contexto temporal determinado: «Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar”». La ocasión era, pues, propicia para que el Maestro de Nazaret impartiera a sus discípulos, con el ejemplo y con las palabras, los tres puntos esenciales a seguir en su oración.

*1. “Padre, venga tu reino”: la prioridad de rezar por la llegada del Reino de Dios.*

En primer lugar, Jesús enseña a sus discípulos a rezar a Dios con un breve texto, que más tarde se llamó en la tradición cristiana el *padrenuestro*. A diferencia de la versión del Evangelio de Mateo, utilizada en la liturgia de la Iglesia, la de Lucas es más breve y sólo contiene cinco invocaciones (en lugar de siete como en Mateo): dos se refieren a la realidad divina y tres a la humana. Cada frase de este precioso y único texto de oración, que Jesús enseñó a sus discípulos, encierra una inmensa riqueza que hay que descubrir y profundizar (para lo cual os invito a leer la parte dedicada al Padre Nuestro en el Catecismo de la Iglesia Católica [nº 2803 y ss.) Hoy recordaremos sólo un aspecto, el más importante, relativo al carácter “misionero”.

En efecto, en ambas versiones, después de dirigirse a Dios con el apelativo de “Padre”, que sitúa al orante en una relación filial especial con Dios, la oración comienza con dos peticiones paralelas: la de la santificación de su nombre y la de la llegada de su reino. En cierto modo son complementarias, porque donde Dios reina, su “nombre”, es decir, Él mismo, es “santificado” y “glorificado”, es decir, reconocido como santo y adorado como tal (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* nº 2807). Se vislumbra, en estas invocaciones iniciales, el gran deseo por la causa de Dios que Jesús llevaba constantemente en su corazón y que ahora quiere transmitir a sus discípulos. Él mismo proclamó desde el principio de sus actividades públicas que “está cerca el reino de Dios” o mejor aún, “se ha acercado” de forma dinámica.

Debe quedar claro que la llegada del reino de Dios no significa el establecimiento de un territorio con fronteras visibles bajo un determinado control. Más bien, tal venida implica la realidad/acción de que Dios reina sobre su pueblo y, en general, en el corazón de los hombres y mujeres, precisamente de acuerdo con la tradición del Antiguo Testamento (que utiliza la expresión verbal “Dios reina” con mucha más frecuencia que la de “reino de Dios”). Los mismos textos del Antiguo Testamento expresan también la expectativa del día en que Dios vendrá a reinar sobre todo y todos. De este modo, la invocación de la venida del reino de Dios pide en realidad que Dios realice su plan de salvación en el mundo.

El *padrenuestro* es, pues, ante todo una oración “misionera”. Quienes la rezan comparten el mismo deseo de Dios, que es también el de Cristo, de que se cumpla la *missio Dei*, esa misión de Dios para la felicidad del hombre, que ha llegado a la plenitud de los tiempos con la venida de Jesús. Los que la rezan también desean para sí mismos y para toda la humanidad el dulce “yugo del reino”, que Dios reine en sus vidas, así como en las de todos los hombres y mujeres del mundo. Esta oración es por excelencia la primera acción de la misión.

*2. Orar con insistencia y confianza filial.*

En segundo lugar, Jesús enseña a orar a Dios con insistencia (“invasivamente”) y con confianza filial. Lo hace a través de una breve parábola, que refleja varios aspectos de la cultura de su pueblo: la llegada del amigo sin previo aviso “a medianoche” de un viaje (obviamente no había teléfono móvil en aquella época), el dormir en la cama con los niños o cerca de ellos (según la estructura de la casa en aquel momento), de ahí el miedo a despertarlos al levantarse, y sobre todo el extraño hecho de que al dueño de la casa no se le ocurriera la posibilidad de llamar a la “policía”.

En cualquier caso, como se desprende del contexto literario, la actitud de insistencia en la oración parece recomendarse no tanto por cada necesidad del orante (a veces sólo según sus deseos humanos), sino precisamente ante la petición de cosas esenciales que Jesús había enseñado en el *Padrenuestro*, en particular esa invocación por el reino. Esta perspectiva también se aplica a la declaración de Jesús más adelante (que ha sido repetidamente malinterpretada): «pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre» (Lc 11,9-10). ¿Qué pedir, a quién buscar y a quién llamar? A este respecto, conviene recordar la propia recomendación de Jesús: «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura» (Mt 6,33).

*3. “El orar” todo orientado al don del Espíritu Santo.*

Por último, Jesús concluye su “catequesis” sobre la oración señalando al Espíritu Santo como el bien supremo que hay que pedir y recibir de Dios: «Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que le piden?» (Lc 11,13). Esto ya se vislumbra en el paralelismo entre “cosas buenas” que un padre terrenal sabe dar a sus hijos y “el Espíritu Santo” que el Padre celestial dará a quienes lo pidan. El pensamiento se vuelve aún más claro si se compara esta versión de lo dicho por Jesús con la del evangelio de Mateo, que lo hace más lineal, más lógico: «Pues si vosotros, aun siendo malos, sabéis *dar cosas buenas* a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos *dará cosas buenas* a los que le piden!» (Mt 7,11).

De este modo, la enseñanza de Jesús en la versión lucana es aún más rica, porque dirige todo hacia el mayor don que Dios concede al hombre: el Espíritu Santo que purifica, santifica y guía al hombre hacia la vida con Dios y en Dios. Donde el Espíritu está presente, allí reina Dios; allí está presente el reino de Dios. Por lo tanto, rezar a Dios por el don del Espíritu Santo equivale en realidad a rezar por la llegada del reino de Dios a nosotros mismos. También es el Espíritu quien nos ayudará a entrar cada vez más en la relación filial con Dios que ahora llamamos “¡Abba, Padre!” (cf. Rm 8,15-16), tal y como nos enseñó Jesús.

Pidamos, pues, que este don supremo de Dios que es el Espíritu Santo nos sea donado siempre y también hoy, con la certeza de que Dios, nuestro Padre del cielo, nos lo dará. Y “guiados por el Espíritu de Jesús” elevemos cada día al Padre las invocaciones esenciales del *Padrenuestro* con insistencia y confianza filial, suplicando con especial fuerza que el reino de Dios venga entre nosotros. Amén.

*Sugerencias útiles:*

**CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA**

**2781** Cuando oramos al Padre estamos *en comunión con Él* y con su Hijo, Jesucristo (cf *1 Jn* 1, 3). Entonces le conocemos y lo reconocemos con admiración siempre nueva. La primera palabra de la Oración del Señor es una bendición de adoración, antes de ser una imploración. Porque la Gloria de Dios es que nosotros le reconozcamos como “Padre”, Dios verdadero. Le damos gracias por habernos revelado su Nombre, por habernos concedido creer en Él y por haber sido habitados por su presencia.

**2804** El primer grupo de peticiones nos lleva hacia Él, para Él: ¡*tu* Nombre, *tu* Reino, *tu* Voluntad! Lo propio del amor es pensar primeramente en Aquél que amamos. En cada una de estas tres peticiones, nosotros no “nos” nombramos, sino que lo que nos mueve es “el deseo ardiente”, “el ansia” del Hijo amado, por la Gloria de su Padre,(cf *Lc* 22, 14; 12, 50): “Santificado sea [...] venga [...] hágase [...]”: estas tres súplicas ya han sido escuchadas en el Sacrificio de Cristo Salvador, pero ahora están orientadas, en la esperanza, hacia su cumplimiento final mientras Dios no sea todavía todo en todos (cf *1 Co* 15, 28).

**2807** El término “santificar” debe entenderse aquí, en primer lugar, no en su sentido causativo (solo Dios santifica, hace santo) sino sobre todo en un sentido estimativo: reconocer como santo, tratar de una manera santa. Así es como, en la adoración, esta invocación se entiende a veces como una alabanza y una acción de gracias (cf *Sal* 111, 9; *Lc* 1, 49). Pero esta petición es enseñada por Jesús como algo a desear profundamente y como proyecto en que Dios y el hombre se comprometen. Desde la primera petición a nuestro Padre, estamos sumergidos en el misterio íntimo de su Divinidad y en el drama de la salvación de nuestra humanidad. Pedirle que su Nombre sea santificado nos implica en “el benévolo designio que Él se propuso de antemano” (*Ef* 1, 9) para que nosotros seamos “santos e inmaculados en su presencia, en el amor” (*Ef* 1, 4).

**2809** La santidad de Dios es el hogar inaccesible de su misterio eterno. Lo que se manifiesta de Él en la creación y en la historia, la Escritura lo llama *Gloria*, la irradiación de su Majestad (cf *Sal* 8; *Is* 6, 3). Al crear al hombre “a su imagen y semejanza” (*Gn* 1, 26), Dios “lo corona de gloria” (*Sal* 8, 6), pero al pecar, el hombre queda “privado de la Gloria de Dios” (*Rm* 3, 23). A partir de entonces, Dios manifestará su Santidad revelando y dando su Nombre, para restituir al hombre “a la imagen de su Creador” (*Col* 3, 10).

**Papa Francisco**, ***Audiencia General,***Plaza de San Pedro, Miércoles, **22 de mayo de 2019**

Podemos decir que la oración cristiana nace de la audacia de llamar a Dios con el nombre de «Padre». Esta es la raíz de la oración cristiana: llamar «Padre» a Dios. ¡Hace falta valor! No se trata tanto de una fórmula, como de una intimidad filial en la que somos introducidos por gracia: Jesús es el revelador del Padre y nos da familiaridad con Él. «No nos deja una fórmula para repetirla de modo mecánico (cf *Mt* 6, 7; *1 R* 18, 26-29). Como en toda oración vocal, el Espíritu Santo, a través de la Palabra de Dios, enseña a los hijos de Dios a hablar con su Padre». (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2766). Jesús mismo usó diferentes expresiones para rezar al Padre. Si leemos con atención los Evangelios descubrimos que estas expresiones de oración que emergen en los labios de Jesús recuerdan el texto del Padre Nuestro. […]

Considerando el Nuevo Testamento en conjunto, resalta claramente que el primer protagonista de toda oración cristiana es el Espíritu Santo. No lo olvidemos: el protagonista de toda oración cristiana es el Espíritu Santo. Nosotros no podríamos rezar nunca sin la fuerza del Espíritu Santo. Es él quien reza en nosotros y nos mueve a rezar bien. Podemos pedir al Espíritu Santo que nos enseñe a rezar, porque Él es el protagonista, el que hace la verdadera oración en nosotros. Él sopla en el corazón de cada uno de nosotros que somos discípulos de Jesús. El Espíritu nos hace capaces de orar como hijos de Dios, como realmente somos por el Bautismo. El Espíritu nos hace rezar en el «surco» que Jesús excavó para nosotros. Este es el misterio de la oración cristiana: la gracia nos atrae a ese diálogo de amor de la Santísima Trinidad. […] Para rezar tenemos que hacernos pequeños, para que el Espíritu Santo venga a nosotros y sea Él quien nos guíe en la oración.